

TRADUCCIONES

AL-MUQTABIS DE IBN ḤAYYĀN

(Continuación)

LA REBELIÓN DE NIEBLA

Dijo ʿĪsā :

En el año 276, ʿUṭmān, conocido por Ibn ʿAmrūn, se levantó en armas encabezando un movimiento sedicioso de los árabes, aliados con los muladíes, contra el poder central.

Reunió mucha gente y la incitó a la rebelión, y luego de organizar un ejército de insurrectos, se puso en marcha y atacó a ʿAmru b. Saīd al Quraṣī, representante del Emir ʿAbd Allāh. Después de invadir y saquear la ciudad, irrumpieron los rebeldes en el palacio del emirato, maltratando a dicho gobernador y expulsándolo de la ciudad. Este éxito atrajo a la causa de Ibn ʿAmrūn a mucha gente que, acaudillada por éste y reforzada por unos grupos de árabes descontentos, se hizo presente en las aldeas de Sevilla.

La actitud belicosa de Ibn ʿAmrūn llegó a oídos del Emir ʿAbd Allāh, quien sin demora envió a ʿUṭmān b. ʿAbd al-Gāfir del clan de Jālid, en demanda de alianza y paz. La misión de este parlamentario del Emir fué coronada por el éxito, gracias a su astucia y a su modo persuasivo de hablar y principalmente a las promesas tentadoras que hizo en nombre del Califa. Al volver Ben ʿAmrūn a la obediencia, disolvió su ejército y de ese modo permaneció su zona pacificada por un tiempo. Pero en realidad esta calma sólo era aparente, pues no tardó Ben ʿAmrūn en llamar a las armas a su gente y encender de nuevo el fuego de la rebelión, trabándose en lucha árabes y muladíes en todas partes. Los partidos rivales aprovecharon este estado caótico para echarse los unos contra los otros, atacándose enconadamente. Ben ʿAmrūn llamó a sus huestes, y fué a atrincherarse a la fortaleza de Qōrqoba, poniéndose a cubierto de las acometidas imprevistas de sus enemigos. No tardaron en reunirse con él ʿUṭmān b. ʿAbd al-Gāfir y sus partidarios.

Los muladíes por su parte se reagruparon y atacaron a los árabes, que se defendían en el castillo de Qōrqoba. Salió a su encuentro 'Utmān b. 'Abd al-Gāfir con su ejército y, después de un corto duelo, puso en fuga a los muladíes, luego de causarles muchas bajas. Duró este estado de cosas hasta la salida de Ben 'Abd al Gāfir de la región de Niebla. En Montemayor se alzó, a raíz de la insurrección de los muladíes, el llamado Ben Jasīb : en las sierras de Al 'Uin (« las fuentes ») de la serie de fortalezas de Niebla, se rebeló Ben 'Afīr, extendiéndose de este modo la llama de la revuelta a toda la provincia. En la parte oriental alcanzó las regiones que limitaban con Sevilla, y en la occidental a la frontera de Priego, adquiriendo grandes proporciones.

EL ESTALLIDO DE LA REBELIÓN EN LA PROVINCIA DE SEVILLA

En nombre de Dios clemente y misericordioso. Ore Dios y salude a nuestro señor Mohamad y a todos sus deudos.

Y en el año 276 estalló la rebelión en la provincia de Sevilla, cuyos habitantes se alzaron en armas contra el poder del Emir 'Abd Allah, proclamándose fuera de la obediencia. En su libro escrito sobre las noticias y crónicas de Sevilla dice Muḥammad b. 'Abd Allah b. al-Aṣcaḡ al Quraṣī :

Desde que los Banū Umaiya se apoderaron de Andalucía, Sevilla era una provincia muy tranquila y pacífica. Permaneció obediente a sus nuevos gobernantes, cuyos mandatos acataba, porque mantenían y aseguraban el orden y los defendían de los ataques de los enemigos. Esta tranquilidad duró hasta el reinado del Emir 'Abd Allah b. Muḥammad VII, durante cuyo gobierno sucedieron algunos acontecimientos ingratos y funestos. En esa época surgieron los brotes de la rebelión en todos los pueblos de Andalucía, extendiéndose a todas las regiones de la obediencia. La pacífica Sevilla no pudo evitar verse envuelta en la llama de ese incendio general. El primero que dió el grito de la rebelión e incitó a la gente a derrocar al Emir 'Abd Allah y acudir a las armas fué Kuraib b. 'Utmān b. Jaldūn, hombre pérfido, muy perspicaz, fanático, de genio aventurero, y que odiaba a los califas.

Luego que hubo aunado las voluntades de los pobladores de las regiones vecinas, que decidieron seguir por el camino torcido del error y de la desobediencia, comenzó a desplegar el arte de la lisonja. Se alió con Sulaimān b. Muḥammad b. 'Abd al Malik, el jefe de la insurrección en Sidona : con 'Utmān b. 'Amrūn, el caudillo rebelde de Niebla, y con

Yunaid b. Waḥb de Carmona, el adalid de los bereberes, que se distinguían por sus albornoces. Todos hicieron juramento solemne de defenderse mutuamente, formándose de esta suerte una liga en la cual Kuraib defendía la causa de los árabes Yemenitas, de parte de Hadramūt, mientras que Ben ‘Abd al Mālik, de Sidona, defendía la de Lajm, y Ben ‘Amrūn la de Jašīm.

Una vez conocida la causa de estos conspiradores árabes, tanto por los cristianos, como por los muladíes de la ciudad de Sevilla, estos últimos, respondiendo al llamado de la sangre, hicieron causa común con ellos, tratando de granjearse su simpatía y ganar sus favores. Se aliaron con los árabes de Muḍar los Botr de los bereberes de la provincia de Morón, declarándose abiertamente en contra de Kuraib b. ‘Uḡmān, que era partidario de los Yemenitas.

A raíz de esta adhesión de los sevillanos, un núcleo de árabes adictos al Emir, se separaron del resto de los habitantes, formándose una agrupación independiente, es decir, no adherida a ninguno de los dos partidos en pugna, dejando de lado el sentimiento nacional localista o el lazo sanguíneo, para permanecer leales a la causa del califato. En este núcleo había hombres de Quraiš, a quienes seguían sus correligionarios y simpatizantes de los árabes y bereberes y otros.

Entre los Quraiš se contaban: ‘Abd Allah b. As‘at̄ y Walīd y Ḥakam, hijos de Ḥasam b. Waṭān. De los Umaiya estaban: ‘Uṭman b. Ūmar Abī ‘Abda, Ḥasam b. ‘Āmir b. ‘Abī ‘Abda, Waḥb. b. Basīl, Asbag b. Yaḥyā b. Fahr, Maḥmud b. Abī Ÿamil. De los árabes había: ‘Abd Allāh b. Mudḥiŷ Alzubairi, Zayd y ‘Abbas, hijos de ‘Abd Allah b. Yastair al Alhani e Ismā‘īl y ‘Abd Allāh, hijos de Muḥammad b. al-Dub al-Jaulani, todos ellos partidarios yemenitas de la causa de Maḍar. Se distinguían entre los otros otros, Walīd e Ibrāhīm, hijos de ‘Umar b. ‘Abd Qais al-Basri.

Este núcleo adicto a la ciudad de Sevilla miraba con malos ojos a los insurrectos. Sus componentes no temían permanecer leales al gobierno de Córdoba y, al sentirse fuertes, miraban con desdén y aversión a Kuraib, que al fin cayó en la cuenta de que nada tenía que hacer en la capital, y no atreviéndose a provocarlos, derrotado moralmente, se retiró con su gente a una aldea de la región de Al ‘Šaraf (Axafare), llamada Al Balat, donde logró inflamar los corazones de los moradores de dicha región, que respondían a la causa de Hadramūt. A su reclamo respondieron muchos. Envió emisarios a Niebla, Sidona y otras ciudades, invitándolas a unirse a su causa. Debido a la distancia, las noticias de Kuraib no llegaban a la capital de Sevilla.

A raíz de los brotes de la insurrección, que empezaron a manifestarse en la provincia de Sevilla, el Emir 'Abd Allāh nombró gobernador de la misma a Mūsā b. Al 'Asi b. 'Abd Allāh b. Tālaba, hombre disciplinado y de mano firme, con cuya energía y buen tino logróse devolver a Sevilla la paz y el sosiego, poniendo fin a las revueltas; pero tanto Kuraib como Jalifa Ÿunaid b. Waḥb, alarmados por la tranquilidad que reinaba en Sevilla, volvieron a sus andanzas, mandando emisarios a los bereberes de Mérida y de Medellín, incitándoles a levantarse en armas y atacar la provincia de Sevilla. Les aseguraban que ésta se hallaba sin defensa y sin guarnición, y que sería fácil por tanto, rendirla fácilmente y obtener un rico botín, gracias a la inmensa riqueza de sus habitantes. Estos jefes rebeldes y protervos, querían así dar un golpe mortal al gobierno del Emir y desacreditarlo ante su pueblo, para que éste lo odiaría. Los bereberes, ávidos y prontos al saqueo, se reagruparon y pusieron en camino, amenazando a Sevilla con un veloz avance. Las noticias llegaron a oídos de Mūsā b. al 'Asi, quien, rápidamente, llamó a las armas a todos los habitantes de la provincia, capaces o útiles, saliendo él en persona con su ejército al encuentro de los bereberes, dispuesto a detenerlos y trabarse con ellos en combate decisivo en Talyāta, del departamento del *cebollar*. Mas a poco andar se informó que los bereberes le habían ganado la delantera, haciéndose dueños de este pueblo y matando a toda persona que encontraban en su camino, devastando y saqueando. En su botín hallábanse las mujeres más jóvenes de la región invadida. Frente a este desastre estableció Mūsā su campamento en una cumbre llamada Monte de los Olivos, que distaba del campo del enemigo tres millas. Ambos ejércitos se aprestaron a la batalla, habiéndose convenido, entre los dos bandos, emprender el ataque al despuntar la aurora. Mas Kuraib envió mensajeros a los bereberes para advertirles que, una vez trabados en lucha los dos ejércitos, él emprendería la fuga con los suyos, arrastrando a Mūsā y a sus soldados a perseguirlos. El ardid fué realizado con maestría, y al confundirse los dos ejércitos en el campo de la batalla, Kuraib huyó y consigo arrastró a su gente. El gobernador salió en su persecución, creyendo que podría darles caza y apuñalarles por la espalda, pero fué atacado en su carrera por los bereberes, que le obligaron a buscar refugio en el castillo de Huevar. Entonces los bereberes, con mayor libertad de acción, y sin encontrar oposición alguna, se dedicaron durante tres días a saquear, desde su asiento en Talyāta, los alrededores de la provincia, logrando un rico botín como resultado de sus depredaciones. Al retirarse de esa región los bereberes arruinaron a muchos propietarios, sumiéndolos en la mayor

pobreza. Apenas se retiraron éstos, cuando una nueva calamidad vino a herir a los sevillanos.

Casi pisándoles los talones a los bereberes, llegó 'Abd al-Rahmān b. Marwān, « el gallego », de Badajoz con su ejército. Acampó en el pueblo de Mara, a tres parasangas ¹ de Sevilla (la Capital). Saqueó sus inmediaciones durante varios días consecutivos, sin encontrar en su camino quien le opusiera resistencia alguna, y una vez colmados sus deseos y logrado su propósito, se retiró de allí y volvió a sus moradas.

La ineptitud y debilidad del gobierno exasperaron los ánimos del pueblo y mostraron a los ojos de todos su incapacidad para seguir manteniendo el orden y ofrecer garantías a los pobladores. Frente a las incursiones de los bandidos, que se multiplicaban día a día, nació en el pueblo un sentimiento de repudio contra el gobierno del Emir, que se vió obligado a destituir al inhábil Mūsā b. al 'Asi del gobierno de Sevilla y nombrar en su reemplazo a Husain b. Muḥammad al-Myra, que, si era por cierto muy valiente e integérrimo, carecía de sentido militar y de suficiente voluntad para emprender una acción guerrera de vastas proporciones. Era de carácter pacífico y conciliador, y no un gobernante agresivo.

Y apareció en esos mismos lugares, entre la calzada de Córdoba y Sevilla, un bereber de Carmona llamado Ṭamašikka que asaltaba a los viajeros y los desvalijaba, atemorizando a los agricultores y pobladores de la comarca. El gobernador de Sevilla no se atrevía a intentar nada en contra de este salteador, cuando un renegado de Écija, llamado Muḥammad b. Gālib vino a solicitar del Emir 'Abd Allāh la autorización para edificar una fortaleza en la aldea de San Turs ² en la frontera de Sevilla y Écija, e instalar en ella a sus clientes, prometiéndoles en cambio terminar con los asaltos, los saqueos y latrocinios del bandolero Ṭamašikka y sus terribles secuaces. Accedió el Emir y la fortaleza fué construida por Muḥammad b. Gālib, quien reunió en ella a bereberes Botr, a renegados y muladíes que vinieron de toda la región a su llamado.

Con este considerable ejército este jefe valiente se hizo célebre, fuerte y temido, y cobró fama en toda la región. Fama que provocó los celos y la envidia de los árabes de los Banū Jaldūn y los Banū Haŷŷāŷ. Estos clanes se unieron para destruirlo, y decidieron atacarlo de noche para provocar el pánico entre su ejército y entre la población. Al llegar encontraron a Galib con mucha vigilancia; alerta y presto para repeler cualquier

¹ Medida itineraria usada por los antiguos persas, equivalente a 5.250 metros.

² Siete Torres según Dray, tomo II, página 219.

ataque imprevisto. Desbaratado su plan al ser descubiertos por los vigías de Gālib, no pudieron evitar el encuentro y los dos bandos se trabaron en lucha fugaz. Durante esa lucha cayó herido de muerte un hombre del clan de los Banū Haÿÿāÿ; antes del amanecer, su cadáver era conducido ante el gobernador Hasan b. Muḥammad, en demanda de justicia, inculcando a Ben Gālib de haberle dado muerte traidoramente en el camino de Córdoba, y reforzando las acusaciones con testigos falsos. Lejos de atenderlos ni pasar vista de la demanda, prefirió el gobernador que el pleito pasara a manos del Emir ‘Abd Allāh, y fuera resuelto en la Corte de Córdoba. Sin pérdida de tiempo los querellantes se pusieron en camino a Córdoba, acompañados de testigos que Kuraib b. ‘Uṭmān escogió de entre su gente para declarar a favor de ellos, acusar a Ben Gālib e imputarle crímenes y traición; asegurando al Emir ‘Abd Allāh que este renegado — Ben Gālib — estaba en connivencia con Ben Haṣṣun, se confabulaba con él contra la seguridad del Califato y reunía bajo sus banderas una gran cantidad de bandoleros, y que, por tal motivo, no les merecían confianza para seguir actuando en la provincia.

El clan de Banū Haÿÿāÿ, a su vez, solicitaba del Emir les hiciera justicia, castigando a Ben Gālib por matar a su primo sin causa alguna, al decir de ellos. Esta acusación fué desmentida por un bando contrario de renegados — muladíes — que respondía a la causa de Muḥammad b. ‘Umar b. Jaṭṭāb b. Angelino, y que se presentó en Córdoba con el propósito de defender la causa de Ben Gālib, desmintiendo las injustas acusaciones de sus enemigos, relatando lo que había acaecido en esa refriega y demostrando cuál era el propósito de los Banū Haÿÿāÿ al sorprender la fortaleza en altas horas de la noche; que Ben Gālib sólo actuó en defensa propia y dentro de su propiedad; que no era culpa suya si en la pelea había sucumbido ese cliente de los atacantes culpables, elogiando a Ben Gālib por su valentía y por la seguridad que daba a los agricultores y a los habitantes al limpiar la provincia de los bandidos y saqueadores.

Estas declaraciones contradictorias que ensombrecían la faz de la verdad y no echaban ningún rayo de luz sobre el pleito en litigio, imposibilitaron al Emir ‘Allāh para emitir fallo alguno; motivo por el cual resolvió suspender la audiencia y postergarla hasta tener mayores pruebas y más amplias informaciones de sus agentes de la región. De este modo pensó que haría justicia. Envío a su hijo Muḥammad b. ‘Abd Allāh para que averiguase los hechos, trajese a ambas partes y oyese sus reclamaciones y decidió confiar por fin el fallo a los faquíes y obrar de acuerdo a lo que ellos dictaminaran, dando razón al que la tuviere.

Seguidamente destituyó del cargo de gobernador de la provincia a Hasan b. Muḥammad al-Myra, y en su lugar nombró a Muḥammad b. Jālid Al Jālidī, conocido por «el jorobado», para poco después reemplazarlo por su primo Umāyya b. ʿAbd Al Gāfir al Jālidī, un verdadero caballero, valiente y respetado, y que gozaba de mucha fama, quien sin dilación de tiempo tomó posesión del cargo, secundando la labor del infante. Este príncipe hizo venir a Sevilla a Muḥammad b. Gālib, como asimismo a los Banū Ḥaḡyāy, que venían reclamando la sangre de su primo y les ordenó probar su demanda. Los árabes se presentaron declarando a favor de Banū Ḥaḡyāy y en la forma que se les antojó, mas los renegados insistían en inculpar a éstos y declaraban que Ben Gālib era inocente. Los testimonios se contradecían causando una confusión, que aumentaba el encono, la exasperación y el enardecimiento de los ánimos.

La moral religiosa y la conciencia pueblerina cesaron ante el resurgimiento de los caprichos y la pasiones inflamadas de las multitudes. La lucha partidaria iba aumentando en violencia, dividiéndose la gente en dos bandos terriblemente enconados. Muchos imparciales e independientes, que no tenían interés en mezclarse en disputas banderizas tuvieron que definirse por uno o por otro partido. Y lo más irritante fué que los partidarios de cada bando incitaban a la canalla a intervenir en forma tan perturbadora y sangrienta que hacía recordar la turbulenta época ūbīli.

La cuestión aparecía cada vez más oscura para el príncipe, quien, al ver que no hallaba una solución viable a las demandas y acusaciones de los litigantes, puso punto final a la querrela dirimiendo el asunto para otro momento más favorable, y autorizó a Ben Gālib a volver a su fortaleza. Esta medida del hijo del Califa disgustó a los árabes; frente a esta decisión que, a su parecer, les era contraria, y resentidos por su derrota moral, abandonaron la ciudad. Los Banū Ḥaḡyāy, por su parte, se retiraron a su campo llamado Sened, región que dista de la Capital quince millas y se extiende entre Sevilla y Niebla. El jefe de ese clan era, a la sazón, ʿAbd Allah, apodado Abū Zāyd, a quien se consideraba el mejor de entre su gente, por cuanto fué el primero a quien confiaron la jefatura de los lajmitas de Sened. En cuanto a Kuraib ben ʿUṭmān, optó por retirarse al pueblo de Al Šaraf, acaudillando a los ḥadramitas. Se plegaron a su partido Sulaimān b. Muḥammad ʿAbd Al Mālik de Sidonia y Ūnaid b. Waḥb de Carmona, quienes levantaron la bandera de la rebelión, y tramaron un plan para asesinar al gobernador de Carmona y apoderarse de la ciudad. Cumpliendo este plan, Kuraib envió a un primo suyo apodado Al Madhī, un malvado libertino cuya perversidad no

tenía límites, a los dominios de Sulaimān de Sidonia, que se hallaba atrincherado en el castillo que había edificado en la 'villa' de Al Jāur (Villa del Golfo) de Lebrija. Este rebelde consiguió reunir un grupo de malhechores de Sidonia y de otros pueblos, que entregó a Mahdī, quien lo capitaneó y de inmediato salió y abordó la isla de Al Mundir b. 'Abd al Raḥmān, tío paterno del Emir 'Abd Allāh. En dicha isla había cien yeguas y doscientas vacas, todas con cría, al cuidado de un encargado que se llamaba Farás, a quien los árabes insurrectos dieron muerte. Luego que saquearon la isla, se encaminaron con su botín al castillo de Coria, al final de Al Šaraf, diez millas de distancia de la Capital.

Ese mismo día, por su parte, atacó 'Abd Allāh, b. Ḥaŷŷāŷ, por sorpresa, a Carmona, secundado por Ÿunaid b. Waḥb, el bereber. Después de quebrar la resistencia de la débil guarnición, entró en la ciudad adueñándose de ella; el gobernador Muḥammad b. 'Abd Allāh b. Yazīg logró huir y refugiarse en Sevilla.

La acción estratégica de los árabes rebeldes, planeada de antemano y realizada en un solo día, les valió un triunfo rotundo.

Cuando las infaustas noticias llegaron a oídos del príncipe, se alarmó; más aun al saber que el pueblo sevillano empezaba a protestar contra el gobierno en forma peligrosa. Se apresuró entonces a escribir a su padre pidiéndole auxilio y poniéndole al tanto de lo que ocurría. En cuanto el Emir se enteró de los sucesos de Sevilla, reunió el Consejo de Ministros, cuya opinión apareció dividida. Algunos de estos funcionarios le pidieron que les concediera una reunión secreta, concedida la cual los ministros le aconsejaron que mandara eliminar a Ben Galib, cuya muerte le reconciliaría con los árabes insurrectos, le aseguraría su vuelta a la obediencia, la devolución de Carmona y Coria y la restitución de lo que habían robado a su tío Al Mundir. Aceptó el Emir el consejo y de conformidad con él, envió con las instrucciones debidas a Ÿa'ab b. 'Abd al Gāfir Al Jāliidi, hermano de Umayya, gobernador de Sevilla, y le ordenó ir con el ejército a Carmona y llamar a su presencia a Ben Galib, y, luego de arrestarlo, cargarlo de cadenas. En cuanto a los acusadores de Galib, había que darles la razón para atraer así a los árabes a la obediencia. Si con los medios persuasivos no lograba volverlos a la causa, era entonces el momento de atacarlos.

Ÿa'ad se puso en marcha en cumplimiento de las órdenes de su Emir, y a su arribo empezó a tender las redes a Ben Galib, mas éste parecía estar sobre aviso, pues antes de la llegada del general del Califa ya se había puesto a salvo, bajo la protección de Ben Ḥafsun.

La fuga de Ben Galib no desesperó a Ÿa'ad; antes bien, lo indujo a

escribirle una carta cuya entrega confió a uno de sus deudos. En ella le tranquilizaba y le comunicaba que el motivo de su expedición no era el que le habían erróneamente informado; que su propósito era castigar y atacar a los árabes por los muchos abusos que habían cometido; que él (Ben Gālib) era uno de los mejores colaboradores suyos y amigo de confianza. Por consiguiente, le propuso seguir juntos, fijándole el lugar de la entrevista. La carta, que no era más que un lazo, tentó grandemente a Ben Gālib, tanto más cuanto supo que podía volver a atacar a sus encarnizados enemigos, los Banū Ḥayyāy y a los árabes, con quienes tenía muchas cuentas que saldar. La entrevista se concertó entre ambos, y Ben Gālib, luego que el general del Emir le hubo reconocido, le acompañó con sus soldados hasta Carmona, que Ya'ad fingió sitiar. Mas, en secreto, escribió una carta a 'Abd Allāh b. Ḥayyāy, en la cual le comunicaba que el Emir había ordenado se le hiciera justicia y que traía instrucciones terminantes de acabar con Ben Gālib y sus huestes, con tal de que ellos volviesen a la obediencia. Ben Ḥayyāy aceptó la propuesta y le aseguró que cumpliría con su palabra. Mandó entonces Ya'ad a Muḥammad Al'Aufī Al'Arrīf y a Ben Māslama al Bāyi con la orden de dar muerte a Ben Gālib. Éste, que se hallaba en su tienda desprevenido, fué atacado por sorpresa, herido de muerte y luego decapitado.

Muerto Ben Gālib, Ḥayyāy evacuó Carmona, entregándola a Ya'ad, quien, después de tomar posesión de ella, confió su gobernación a uno de sus amigos leales. Seguidamente se trasladó al castillo de Ben Gālib y lo destruyó hasta sus cimientos, dispersando a sus moradores.

Al enterarse los renegados y muladies adictos a Muḥammad b. Jaṭṭāb b. Angelino y defensores de la causa de Ben Gālib, que se hallaban aún en Sevilla esperando se les hiciera justicia por el asesinato artero y criminal cometido en la persona de su aliado, su furor llegó casi al paroxismo, condenando acerbamente la feroz actitud del gobierno; temerosos de ser ellos también asesinados, y ardiendo íntimamente en deseos de enarbolar la bandera de la rebelión y vengar la muerte de Galib, celebraron un consejo, después del cual resolvieron ir a hablar con el príncipe, quejarse ante él del injusto trato y de la falta de cumplimiento de parte del gobierno con la palabra empeñada, para luego manifestarle lo siguiente:

« Señor — le dijeron — ya se ve que en la Corte del Emir hemos sido calumniados por causa que ignoramos, mancillándonos con imputaciones de un crimen que no hemos cometido y del cual somos inocentes. Han fraguado, como tú ves, un proyecto funesto contra nosotros. Tal

vez Yá'ad, ese asesino cruel, nos acometa de sorpresa con ejército numeroso. Nosotros no podemos resistirnos ni tú defendernos de sus golpes. Danos seguridad y confíanos la defensa y las llaves de la ciudad hasta que las cosas se aclaren, tanto para ti cuanto para nosotros. Entonces obrarás a la luz de la verdad. De ti no desconfiamos; pero harto sabes que, cuando el ejército haya franqueado las puertas de la ciudad, no tendrás fuerzas suficientes para proteger nuestras vidas y haciendas.»

El príncipe, de grado o por fuerza, no pudo negarse a su demanda, ya que no tenía guarnición como para defenderse de ellos, y por otra parte, estaba enemistado con los árabes a causa de los renegados. Duciños éstos de las llaves de la ciudad, resolvieron dar muerte al gobernador Umāyya b. 'Abd Al Gāfir y vengar la muerte de su cliente Ben Gālib, asesinado por Yá'ad b. 'Abd al Gāfir, hermano del gobernador.

Para realizar su propósito pidieron auxilio a Ben Maulūd, un insurrecto de Morón, quien había hecho solemne juramento de estar de parte de los muladíes y de combatir contra el gobierno central. Este caudillo cumplió su palabra, enviándoles una brigada de caballería árabe del clan de Ma'ad y de sus aliados, los bereberes Botr, que tenían también una alianza juramentada de antigua data. Este refuerzo consolidó la posición de los rebeldes que, sin pérdida de tiempo y formando una muchedumbre compacta, se abalanzaron en son de guerra sobre el palacio de Umāyya, que se hallaba en pleno centro de la ciudad. Su intención era acabar con él; mas, enterado éste de la situación y sorprendido por tan instantánea insurrección popular, se apresuró a salir de su casa sin disponer de tiempo ni para calzarse. Se lanzó sobre su caballo y a galope tendido corrió al palacio del príncipe (el alcázar de Sevilla) salvándose. Desilusionados los rebeldes por la fuga de Umāyya de sus manos, saquearon su casa para luego dirigirse al palacio del príncipe y cercarlo. Atronaron el cielo con sus gritos, proclamando su rebelión en forma abierta. Se unieron a ellos los artesanos, los comerciantes y los trabajadores de ultramuros; los ribereños y otros grupos más, hasta formar una compacta multitud. El gobierno, que se hallaba débil y desgarnecido, envió a toda prisa mensajeros a Muḥammad b. Al-Jattāb b. Angelino y a sus correligionarios de Sevilla, que defendían la causa de los muladíes, tales como Ben Sabarico y Ben Al-Ŷariḥ y otros notables entre ellos, pidiéndoles vinieran para ver con ellos la forma más viable de aplacar los ánimos enardecidos y tratar de sofocar el tumulto.

JOSÉ E. GURÁIEB.

(Continuad.)